

Prólogo

Londres, 9 de junio de 1764

*E*h...? —A pesar de tener los ojos entornados, la condesa Georgia de Maybury vio la luz de primera hora de la mañana, cosa que rara vez le sucedía. Y menos aún habiéndose acostado pasadas las dos de la madrugada.

—¿Qué? —Se humedeció la boca y haciendo un esfuerzo abrió los ojos por completo, lista para fulminar con la mirada a su doncella—. ¿Madre?

Se incorporó y se apartó de la cara algunos mechones sueltos de su pelo rojo. A sus diecinueve años, seguía alarmándose como una colegiala.

¿Tenía el pelo suelto? ¿Por qué? ¿Y su cofia de dormir?

¡Ahora se acordaba!

Dickon había visitado su cama esa noche.

Por eso había vuelto tan temprano del baile de lady Walgrave. Él se había empeñado en que se marcharan, y había acabado mascullando:

—¡Maldita sea, Georgie, quiero acostarme contigo!

Ella había confiado en que sus extrañas prisas auguraran un cambio, pero su encuentro había sido tan engorroso y aburrido como siempre.

¡En fin! Allí estaba, toda despeinada, en la cama en la que había yacido con su esposo.

Con razón fruncía el ceño su madre, aquella mujer de espalda

recta y hombros cuadrados, capaz de hacer temblar a un general si se lo proponía. Pero ¿qué hacía su madre allí?

—¿Madre? ¿Estoy soñando?

La condesa de Hernescroft se sentó en la cama haciendo crujir sus faldas y cogió la mano de Georgia.

—No, hija, no estás soñando. Esto es más bien una pesadilla. Has de ser fuerte. Maybury está muerto.

—¿Maybury, muerto? —dijo. Aquello era absurdo.

—Tu marido ha muerto, murió en un duelo no hace ni dos horas.

—¿En un duelo? ¿Y por qué iba Dickon a batirse en duelo? —Antes de que su madre tuviera ocasión de contestar, añadió—: ¿Muerto? No puede estar muerto. ¡Estuvo aquí anoche! —Echó las mantas hacia atrás como si Dickon pudiera estar escondido debajo.

Su madre le apretó las manos para que volviera a prestarle atención.

—La muerte puede venir de repente, Georgia, ya lo sabes. Maybury está muerto y tú debes levantarte y hacer lo preciso.

Obedeciendo al tirón de las manos de su madre, Georgia se levantó de la ancha y alta cama. Pero luego se desasió.

—¿Muerto? ¿Cómo va a estar muerto? ¿En un duelo? No, no. ¡Dickon es el hombre más pacífico del mundo!

—Maybury se batió con sir Charnley Vance esta mañana y murió de una estocada en el corazón.

—¿En el corazón? —murmuró Georgia, y se agarró el pecho como si ella también notara allí una herida. Su mente quedó en blanco. Sacudió la cabeza—. No, no, no. Tiene que haber algún error. Es una broma. A Dickon le gusta bromear.

—¿Tomaría yo parte en una broma de ese tipo? La prueba está aquí mismo. Están tendiendo su cuerpo abajo. Has de vestirte y bajar. —La condesa volvió la cabeza y añadió—: Algo sobrio.

—No estoy segura de que lo haya, señora —contestó la doncella de Georgia, cuya voz sonó muy lejana.

—Entonces lo más discreto y sencillo posible.

—Tengo que usar el orinal —dijo Georgia, aferrándose a aquella necesidad tan natural. Porque la vida seguía como siempre. ¿Verdad que sí?

—Ayúdala —ordenó su madre a Jane.

—No necesito ayuda.

Georgia entró en su tocador y se metió detrás del biombo.

¿Dickon, muerto?

Sólo tenía veintitrés años. Nadie moría a esa edad.

Salvo en las guerras. O, a veces, de enfermedad. O por caerse de un caballo, o ahogarse en el mar.

O en un duelo.

Una estocada en el corazón...

Se sentó en el taburete, cruzó los brazos y comenzó a mecerse. Dickon... Su Dickon... Su marido, su amigo...

—Señora —la llamó Jane—, salga de una vez. Su señora madre la espera.

—Vete.

—Su madre...

—Dile que se vaya.

—Ay, señora, haga el favor de salir. No puede...

De pronto alguien apartó el biombo.

—Ya basta, Georgia. —Su madre la agarró del brazo y la llevó a rastras a la habitación—. ¡Vístete!

Jane se hizo cargo de la situación con mayor delicadeza.

—Ea, ea, señora. Vamos a quitarle el camisón. Tengo su toquilla color marfil...

Georgia se desasíó dando un respingo.

—¡Basta, basta, basta! Os equivocáis las dos. ¡Tenéis que equivocaros! —Escapó a sus manos, cruzó corriendo su alcoba y entró en la de su marido—. ¡Dickon! Dickon, ¿dónde estás? ¡No vas a creer lo que dicen...!

La cama estaba deshecha. Ahí estaba la prueba: su marido acababa de levantarse.

Corrió hacia su tocador.

—¡Dickon!

El ayuda de cámara apareció en la puerta con una camisa sobre el brazo.

—¿Está ahí dentro? —Georgia dio un paso adelante, pero Pritchard sacudió la cabeza. Le corrían lágrimas por las blancas mejillas.

Georgia lo imitó, sacudió la cabeza.

—No es cierto.

—Sí que lo es, señora. Su excelencia... nos ha dejado. Voy a bajar una camisa limpia. La otra...

Georgia siguió meneando la cabeza, pero la verdad comenzaba a abrirse paso dentro de ella.

Su marido, su amigo, su Dickon, había muerto.

—¡No! —Se acercó tambaleándose a la cama, se agarró a uno de sus postes labrados y miró fijamente el lecho, el hueco que su cabeza había dejado en la almohada, deseando que regresara a su lado.

Pero Dickon no regresaría nunca.

Georgia se arrojó a la cama llorando.

—Déjala un momento —ordenó la condesa de Hernescroft, cogiendo del brazo a la doncella sin dejar de mirar a su hija.

Una belleza tan radiante, pensó, un espíritu tan vivaz, y ahora aquella tragedia cuando todavía no había cumplido los veinte años.

Tal vez había sido un error alentar su matrimonio con Maybury cuando apenas tenía dieciséis años, pero era más madura de lo que cabía esperar para su edad, y ya volvía locos a los hombres. Les había parecido más sencillo casarla tempranamente con un vecino de carácter apacible, sólo tres años mayor que ella.

Y Georgia se había casado encantada con el flamante conde de Maybury, al que conocía muy bien. Estaba deseando abandonar el colegio y convertirse en señora de su propia casa antes que sus hermanas. Maybury, sin embargo, nunca había sido capaz de dominarla. Deberían haberlo previsto, y haberla casado con un hombre mayor.

—¿Le traigo una tisana para dormir, señora? —musitó la doncella.

—Prepárala, pero primero tiene que bajar a ver el cadáver.

—Ay, señora, ¿es necesario?

—Sí.

—Muy bien, señora —contestó la doncella, y salió.

Lady Hernescroft torció el gesto al pensar en las nubes de tormenta que empezaban a arremolinarse, pero en ese instante oyó entrar a alguien en la habitación y se volvió.

¡Gracias a Dios! Acababa de llegar uno de sus hijos, el honorable Peregrine Perriam, esbelto y elegante, y a pesar de lo temprano de la hora, perfectamente vestido para la ocasión de color gris oscuro. Perry tenía una tendencia preocupante al diletantismo, pero era un experto en cuestiones de protocolo oficial.

—Debes encargarte de hablar con la gente —le ordenó su madre en voz baja— y controlar lo que se dice. Ya empiezan a oírse suposiciones desagradables.

—Pobrecilla. —Perry quería mucho a sus hermanas. Más que a sus hermanos, quizá.

—¿Crees que es cierto? —murmuró su madre.

—¿Georgia y Vance? Él es poco aficionado a la moda y los tocadores. Maybury lo invitaba a reuniones de hombres por su habilidad para los deportes, pero dudo que Georgie le viera el pelo.

—La lógica servirá de poco habiendo hecho Georgia tantos disparates, algunos de ellos con hombres. Deberías haberla llevado por mejor camino.

—Tenía un marido —puntualizó él.

—Que no estaba a la altura de las circunstancias. ¿Qué has logrado averiguar?

—A estas alturas, muy poco. He hablado con los hombres abajo. Kellew, su padrino, dice que fue anoche, en una taberna. Había habido una carrera y estaban todos bebidos. Vance se burló de Maybury por su forma de conducir. Maybury le arrojó el vino a la cara y el asunto acabó en duelo. Dickon Maybury era un zote con las riendas, pero lo creía demasiado pacífico para echar mano de la espada por eso.

—En efecto —dijo lady Hernescroft—. Lo cual es estiércol que hará crecer esta mala hierba. A menudo se pretextan trivialidades para proteger el buen nombre de una dama en un duelo, ¿y qué dama podría ser el motivo en este caso sino la frívola esposa de Maybury?

—Las arpías que envidian la belleza y el encanto de Georgia van a llevarse una alegría. Hay esposas que han huido al extranjero en situaciones parecidas.

—Ningún Perriam va a convertirse en un apestado. Ése será tu cometido. Asegúrate de que la historia que nos conviene sea lo primero que oiga la buena sociedad esta mañana cuando se levante. Yo

me cercioraré de que los caballeros de abajo la vean destrozada por la pena y vayan con el cuento a sus clubes. Dile a su doncella que le traiga la bata.

Lady Hernescroft se acercó a levantar a su hija de la cama.

—Vamos, conviene que veas a Maybury.

—¿Conviene? —Sus ojos grandes y enrojecidos parecían los de una niña: una niña perpleja, anonadada por el destino.

—Has de hacerlo. No es necesario que te vistas. Mira, aquí está tu doncella con la bata. —Ayudó a su hija a ponerse la prenda de seda rosa—. No, no te atuses el pelo. Vamos, hija. Yo estaré contigo.

Perry se había marchado a cumplir con su tarea, y lady Hernescroft podía confiar en que la cumpliera a la perfección. Dio gracias por que su marido estuviera en un encuentro hípico. Era proclive a montar en cólera, pero aquello exigía un toque más sutil.

Apenas hacía dos meses que lady Lowestoft había huido tras un duelo similar, pero en su caso todo el mundo sabía que era la amante del homicida y que había escapado con él. Eran casos muy distintos, pero las malas lenguas encontrarían el modo de equipararlos. ¿Convenía llevarse a Georgia de la ciudad o animarla a enfrentarse al mundo para atajar cualquier comparación?

Llevó a su hija trémula por el pasillo y las escaleras de su elegante casa de Mayfair, hasta la habitación en la que el cuerpo de Maybury yacía sobre un diván. Le habían cambiado la camisa manchada de sangre por una limpia y habían tapado su cuerpo hasta el cuello con una colcha de brocado roja. Le habían cerrado los ojos, pero no parecía dormido.

Al verlo, Georgia dejó escapar un gemido estrangulado y lady Hernescroft se preguntó si iba a vomitar y si ello haría buen o mal efecto.

Pero su hija se precipitó hacia delante con los brazos extendidos.

—¡Dickon! ¡Ay, Dickon! ¿Por qué? —Le apartó el cabello castaño de las sienes y se sobresaltó—. Ya está frío. ¡Está frío!

Se desplomó sobre la colcha encarnada, con su bata rosa y su cabello rojo encendido.

Lady Hernescroft no era muy dada a la poesía, pero a decir verdad el efecto fue arrebatador.

— ¡Ay, por qué, Dickon, querido mío! ¿Por qué?

Lady Hernescroft dejó escapar lentamente un suspiro. Sin necesidad de artificios, su hija estaba representando la escena ideal. Dos de los cuatro señores presentes se enjugaron los ojos y Kellew empezó a sollozar.

Pasados unos instantes, lady Hernescroft incorporó suavemente a su hija y la estrechó entre sus brazos.

— Debes dejarlo ya, querida mía. Ven conmigo. Te daremos una tisana para dormir.

Condujo a Georgia al piso de arriba y ayudó a la doncella a acostarla en la cama.

No pudo evitar fijarse en la deplorable frivolidad que evidenciaba aquella cama. Estaba toda pintada de blanco, con los detalles realzados en oro. Cuatro cupidos sujetaban los postes y en el cabecero retozaban ninfas y pastores. Muy propio de la vida frívola y extravagante de su hija menor.

Su marido y ella habían confiado en que la joven pareja viviera casi todo el año en Maybury Castle, muy cerca de Herne, su casa solariega en Worcestershire. Incluso cuando ellos no estuvieran en Herne para vigilarlos, había diversos sirvientes que podían encargarse de eso, y la madre de Dickon seguía viviendo en el castillo.

Pero en cuanto Maybury había alcanzado la mayoría de edad y se había visto dueño de su inmensa fortuna, se habían trasladado a la capital para convertirse en árbitros de la elegancia. Desde entonces sus visitas a Maybury Castle habían sido fugaces, y en la mayoría de los casos Dickon Maybury había ido solo. Georgia, entre tanto, vivía instalada en su casa de Mayfair, decorada a la última moda, y sólo abandonaba Londres en pleno verano para pasar una temporada en su villa de Chelsea, a la que habían bautizado «Sansouci».

Sin una sola preocupación.

Vivir sin preocupaciones podía estar bien, pero la negligencia era una cosa deplorable. Maybury había prestado muy poca atención a sus propiedades, y a Georgia sólo le importaban la moda y la diversión.

«Lady May», la llamaban: tan voluble como una mariposa, pero amada por la mayoría del mundo galante.

El «mundo galante», sin embargo, podía volverse cruel de un instante para otro, sobre todo hacia quienes despertaban su envidia. Y tal y como había dicho Perry, en cuanto la noticia llegara a sus oídos las arpías más celosas comenzarían a afilar sus garras, listas para hacer pedazos la reputación de lady May.

La doncella llevó la tisana a la cama, pero lady Hernescroft la detuvo con un ademán.

—Escúchame, Georgia. Debes tomarte la tisana y dormir un poco, pero luego nos iremos juntas de la ciudad. Volvemos a casa, a Herne.

—¿A Herne? No, no, yo iré a Sansouci.

—¿Estás encinta?

Georgia desvió la mirada.

—No.

Lady Hernescroft le hizo volver hacia ella la cara manchada de lágrimas.

—Presta atención. Has dicho que Maybury vino a tu cama anoche. No, no vuelvas a llorar. ¿No significa eso que podrías estar encinta?

Georgia se enjugó las lágrimas.

—Quizá, pero... hace tres años, madre. ¿Por qué iba a ser distinto anoche?

Era verdad. En tres años, no habían concebido.

Si había sucedido un milagro, se vería con el tiempo, aunque también eso podía ocasionar problemas. Un heredero concebido en el momento de la muerte del marido siempre resultaba sospechoso. Habría que mantener a Georgia constantemente acompañada para que fueran muchos los que pudieran testificar que no había yacido con ningún otro hombre tras el duelo.

Luego estaban los rumores sobre Vance. Fuera cual fuese la verdad, la gente haría suposiciones... Debería haberle dicho a Perry que se diera prisa en ver a Vance para que éste asegurara a todo el mundo que el motivo del duelo había sido una disputa acerca de la destreza de Maybury en el manejo de las riendas, y que no había ninguna dama de por medio.

Pero a Perry se le ocurriría por sí solo.

Todo aquello era un lío infernal, y todo por culpa del temperamento voluble y caprichoso de su hija. Su hija, que aún no se había hecho cargo de la situación.

—Si no estás encinta, Georgia, Sansouci ya no es tuyo, como no lo es esta casa, ni Maybury Castle. Todo irá a parar al heredero de Maybury, o sea, a su tío, sir William Gable-Gore.

—¿Qué? —Georgia pareció espantada—. ¿Voy a perderlo todo? ¿Todo?

—Todo excepto tus posesiones personales.

—No...

—Vamos, querida mía, bébete esto y duerme.

Georgia cogió el vaso, bebió e hizo una mueca de repugnancia al notar el amargor de la tisana. Pero ello pareció revigorizarla, porque se armó de valor y apuró el vaso de un trago.

Ésa era una ventaja: su hija era voluntariosa, nunca le había faltado valor. Y ahora iba a necesitarlo. Su regreso al mundo no sería fácil aunque solventaran hábilmente la crisis.

La doncella cogió el vaso y dio a Georgia otro con agua para que se quitara el regusto amargo de la tisana.

En primer lugar, Georgia debía regresar a Herne y pasar allí apaciblemente su duelo mientras se disipaba el escándalo. Habría que organizar un par de visitas de los vecinos para disipar cualquier rumor acerca de una hipotética huida al extranjero con su amante.

Allí, en Londres, Perry y los demás dejarían muy claro que el duelo había sido justamente lo que parecía: el disparate de un par de jóvenes borrachos como cubas. Si la verdad era otra, habría que sofocarla.

Ah, habría una investigación que por desgracia despertaría el interés de los curiosos. También habría que encargarse de eso para que el nombre de los Perriam no acabara arrastrado por el lodo.

Lady Hernescroft consideró el futuro. Pasado un año, Georgia buscaría otro marido, pero esta vez sería alguien más conveniente. Un caballero mayor y debidamente severo.

Georgia se bebió lo que quedaba del agua.

—Anoche todo era tan normal, tan deliciosamente normal... Estuve en el baile de lady Walgrave. Fui lady May. Beaufort coqueteó

conmigo, y también Ludlow. Sellerby compuso una rima ensalzando las hebillas de mis zapatos. Ahora no tengo nada. —Levantó la vista—. ¿Cómo es posible?

Lady Hernescroft nunca había sido una madre cariñosa, pero aquella patética pregunta le llegó al alma. Abrazó a su hija y besó su pelo despeinado.

—Tu vida ha sufrido un gran cambio, Georgia, pero no te has quedado sin nada. Tienes tu renta de viuda, cualidades excelentes y, sobre todo, tienes a tu familia. Confía en tu familia. Nosotros cuidaremos de ti. Te mantendremos a salvo.

Capítulo 1

29 de septiembre de 1764
Herne, Worcestershire

Querida Lizzie:

Tus cartas han sido un gran consuelo para mí. Sólo puedo rogarte que me perdones por no haber contestado a ellas. Tengo la sensación de haber pasado dormida todo el verano, sin notar apenas el paso de los días, ni que las flores se abrían y se marchitaban. Creo que durante un tiempo me hundí en la tumba con el pobre Dickon.

Ahora, sin embargo, algo me ha despertado. Quizá sea simplemente que es San Miguel, el día en que los sirvientes deciden si quieren seguir en su puesto o buscar otra colocación.

Yo la buscaría, si pudiera.

Al volver a Herne, esperaba a medias regresar al dormitorio y al cuarto de estudio que compartía con Winnie. Estoy instalada, en cambio, en una hermosa suite, pero en todos lo demás es como si tuviera otra vez dieciséis años. Puedo intervenir tan poco en la administración de Herne como cuando tenía esa edad, a pesar de que hasta muy recientemente estaba acostumbrada a tener tres casas a mi cargo.

¡No tengo dinero! En realidad sí lo tengo, puesto que vuelvo a tener mi dote. Pero se la han devuelto a mi padre y él sólo me da unas pocas guineas al mes. No sabía que pudiera devolverse una dote, pero supongo que todo es posible si las partes se ponen

de acuerdo. El nuevo conde de Maybury estaba ansioso por librarse del compromiso de pagarme una renta de viudedad de dos mil libras durante unos sesenta años, aunque para ello haya tenido que desembolsar doce mil libras ahora.

Puedes imaginarte lo amargo que es tener vacíos los bolsillos. Mi padre paga mis facturas, pero estoy segura de que se siente con derecho a cuestionar mis compras, y como todo ello se hace a través de su contable, entenderás que me saque de quicio.

De momento sólo he comprado ropa de luto y un par de cosas esenciales, pero ahora que he despertado me dan ganas de encarar alguna extravagancia. ¿Cuál crees tú que podría ser?

¿Un devocionario con incrustaciones de piedras preciosas? ¿Un orinal bañado en oro? Te imagino riendo y sacudiendo la cabeza, y eso me hace sonreír y llorar al mismo tiempo. Pediría ahora mismo un carruaje para ir corriendo a verte, pero sé que esperas un nuevo tesoro de un momento a otro, así que habré de refrenarme. Iría a dar la lata a Babs, pero está con Harringay en Francia.

¡Ah, Versalles! ¿Alguna vez volveré a ver Versalles?

Sí, claro que lo veré, dirás tú, en cuanto pase este año y escoja nuevo marido. También oigo ya tu comentario socarrón de siempre sobre la corte francesa, ¡qué ratón de campo eres!

¿Puedo rogarte que me invites a tu refugio en el campo en Navidad, mi queridísima amiga? Mi madre me recomendó encarecidamente que me quedara seis meses en Herne, y teniendo en cuenta esos ridículos cuentos que circulan sobre mí... ¡Vance, Lizzie! ¿Quién puede imaginarme en la cama con él? ¡Pero si mató a mi Dickon! Desearía atravesar a ese canalla con su propia espada.

Pero para Navidad el fuego del escándalo se habrá consumido hasta que sólo queden ya las cenizas, y estoy decidida a abandonar Herne junto con mi ropa de luto. Tengo un recuerdo muy vivo de este lugar en invierno. Salones enormes y multitud de habitaciones con suelos de mármol. ¡Qué locura, construir en este estilo en Inglaterra!

Tu mansión jacobita es mucho más apropiada, y Dickon y yo lo pasamos tan bien la única Navidad que estuvimos en Brookhaven... Sé que estará observándolo todo con una sonrisa cuando

mime a tus pequeñines, cuando juguemos a la gallinita ciega, nos besemos bajo la rama de muérdago y yo coquettee con todos los caballeros. Si es que alguno quiere coquetear conmigo vestida de gris oscuro y morado, dos colores que no me sientan nada bien.

Te ríes otra vez, pero lo cierto es que le dan a mi tez un aspecto un tanto extraño.

Cuando me marche de tu casa regresaré a Londres para la temporada de invierno. Nadie podrá impedírmelo, ¡me muero por volver a la ciudad! Mientras no regrese no me sentiré verdaderamente viva.

¡Ay! ¿Ves? Una lágrima ha corrido la tinta, y no es que lllore de añoranza por el gran mundo, sino por imaginarte meneando la cabeza otra vez, mi queridísima amiga, y por lo mucho que te echo de menos.

Espero con impaciencia tu próxima carta y confío en que me traiga la noticia de que has dado a luz sin complicaciones y te encuentras bien.

*Con todo mi cariño,
Georgia M*

6 de diciembre de 1764

¡Lizzie!

¿Te has enterado? Ha fallecido la madre de Dickon. Supongo que debería mostrarme apenada, pero dado que se comportó de manera sumamente desagradable conmigo durante la mayor parte de mi matrimonio, no voy a caer en esa hipocresía.

¡Qué injusto que me culpara de que nos hubiéramos mudado a Londres, cuando era Dickon quien estaba ansioso por escapar en cuanto fuera mayor de edad y controlara su fortuna! Y, sin embargo, fue a mí a quien escribió quejándose de nuestra extravagancia.

Pero, en fin, de eso ya me lamenté en su momento. ¿Te he hablado de las cartas que me mandó después de la muerte de Dickon? Creo que no. Estaban escritas con ácido y pluma feroz. Intenté responderle con moderación, Lizzie, lo intenté de verdad,

porque comprendía la angustia de una madre que había perdido a su único hijo, pero al final decidí alejar sus cartas de mí. No las devolvía por miedo a que ello le causara mayor dolor, pero no fui capaz de leer ni una más.

Creía las cosas más horribles de mí. Que no sólo había tomado a Vance como amante, sino a todos los hombres que me cortejaban, y, cómo no, que había engatusado a Vance para que me librara de mi molesto marido...

En fin, no quiero seguir hablando de ella, no quiero volver a pensar en ella. Pero, ¡ay!, temo no poder ir a verte en Navidad. No voy a fingir, pero por respeto a la madre de mi esposo, he de pasar al menos un mes de luto.

Si Torrismonde y tú no vais a Londres para la temporada de invierno, tal vez pueda visitaros en enero. Por ahora voy haciendo acopio de chales, medias gruesas y mitones de lana con la esperanza de sobrevivir para volver a verte.

*Tu helada amiga,
Georgia M*

— ¡Perry!

Georgia bajó corriendo la gran escalera para abrazar a su hermano favorito en cuanto éste entró en Herne, y enseguida tiró de él hacia la escalera.

— No te quites ni una prenda de abrigo hasta que estés en mi tocador o te morirás de frío.

Perry se echó a reír, lanzó su sombrero al lacayo y subió con ella.

— Cuando escribiste diciendo que ibas a venir, no me lo creía — dijo Georgia —. ¿Con este tiempo y faltando sólo una semana para Navidad? ¿Vas a visitar a algún amigo más al norte y esto te pillaba de camino? Es maravilloso que estés aquí, sea cual sea el motivo. Hacía meses que no venías.

— Y vengo sólo para verte. Herne me gusta tan poco como a ti, Georgie.

— Tú y yo somos almas gemelas. Entra, anda. Me las arreglo para mantener una temperatura tolerable en esta habitación y en mi alcobá, así que rara vez salgo de ellas. Nuestros padres no llegarán para

Navidad hasta el veintitrés. Supongo que entonces tendré que armarme de valor y bajar al comedor.

—Que ellos mantendrán todo lo caldeado que sea posible, cueste lo que cueste. —Se quitó los guantes, la bufanda y la capa forrada de piel y los dejó en brazos de Jane Nunn, la doncella de Georgia.

Georgia dejó su manto sobre el canapé y abrazó de nuevo a su hermano. Era sólo unos centímetros más alto que ella y de complejión delgada y esbelta. Había quienes lo subestimaban por ello, pero era fuerte y hábil con la espada. Había también quienes deducían de su elegancia que era un hombre superficial, pero Peregrine Perriam no era sólo lo que aparentaba.

—¿Puedo ofrecerte un refrigerio? ¿Algo de comer, té, cerveza, vino?

—Té y cualquier cosa que haya de comer. Una sopa me calentaría los huesos.

Entretuvo a Jane al acercarse a darle un beso en la mejilla.

—Tan guapa como siempre, y aún más útil.

A pesar de que tenía treinta y cinco años, Jane Nunn se sonrojó.

—Qué cosas tiene el señor. Si quiere que le traiga la comida, más vale que me deje seguir con mi tarea.

—Podría alimentarme solamente de ti —declaró Perry, pero la soltó.

—Eres un provocador —se quejó Georgia.

—A ella le gusta —contestó su hermano, y era cierto, desde luego. Georgia se sentó. No podía dejar de sonreírle de oreja a oreja.

—¿Hay alguna mujer que esté a salvo de ti?

—Todas ellas —repuso Perry, acomodándose en el sillón—, porque no tengo intención de casarme y únicamente tonto con las que no se preocupan por esas cosas.

—Con mujeres casadas —dijo ella.

—A menudo, lo cual redundaría en beneficio de ellas y de sus maridos, que así son libres de mariposear por ahí. ¿Te estás volviendo puritana, querida?

—¡Santo cielo, no lo sugieras siquiera! Debe de ser por el efecto corrosivo de Herne.

—Imagino que no será permanente.

Georgia se puso seria, sin embargo.

—Tú sabes que yo fui una esposa virtuosa, ¿verdad, Perry? Puede que coqueteara...

Su hermano levantó una mano.

—Claro que lo sé, cariño. Pero respecto a ese asunto te traigo malas noticias.

Él también se había puesto serio y Georgia se arrebujo en su chal. Debería haber imaginado que sólo un asunto de vital importancia podía impulsar a Perry a abandonar la ciudad y a hacer un viaje tan largo en pleno invierno.

—¿Cuáles? —preguntó.

—Tu escándalo está otra vez en boca de todos.

—¿Después de seis meses? ¿Por qué? ¿Cómo?

—Por tu señora suegra.

Georgia lo miró boquiabierta.

—¡Pero si está muerta y enterrada!

—Y ha dejado tras de sí una estela de veneno. Tardó más o menos una semana en morir, cosa que le dio tiempo para hacer todos los preparativos necesarios, y también para recibir visitas. Le contó a todo el mundo que se estaba muriendo de tristeza. Y que si tenía el corazón roto era por culpa de la mujerzuela pérfida y estéril con la que se había casado su hijo.

Georgia hizo una mueca, pero dijo:

—Eso no tiene nada de novedoso.

—Sí que lo tiene —contestó Perry, y Georgia oyó una nota de advertencia en su voz—. Según contaba, había recibido hacía poco tiempo el golpe de gracia en forma de carta, una carta que Charnley Vance escribió a Jellicoe, su padrino, lamentándose de que lo hubieras persuadido de que matara a tu marido, para lo cual te fingiste enamorada de él y le prometiste que huiríais juntos al exilio.

—¿Qué? —Georgia se levantó de un salto—. ¿Quién puede creer eso? Apenas conocía a Charnley Vance, y me cortaría el cuello antes que huir con un hombre como él.

Perry también se levantó.

—Lo sé, lo sé, pero fueron muchos los que oyeron hablar de esa carta a una mujer agonizante.

—¿Por qué? —gimió Georgia—. ¿Por qué? Debió de inventarlo todo para atormentarme después de muerta. ¡Ay, Perry! ¿Qué puedo hacer?

Él la cogió de las manos.

—Nada de momento, querida. Naturalmente, estamos buscando la carta para demostrar que es falsa.

—Pero si nunca ha existido... Es tan cruel... Soy inocente. Yo no hice nada. ¡Nada!

Su hermano la estrechó entre sus brazos.

—Lo sé, querida. Todas las personas que te conocen de verdad saben que jamás habrías tenido a Vance por amante.

Ella se apartó para mirarlo.

—¿Y a otros sí? ¿Cree la gente que podría haber tenido otros amantes?

—Los que te conocemos de verdad, no, pero... No hacías ningún esfuerzo por parecer recatada, Georgie.

—¡Y por eso soy una golfa!

—Coqueteos, apuestas a cambio de besos, misiones que cumplir en el jardín durante un baile...

—¡Eso no eran más que juegos! ¿Acaso tenía prohibido divertirme? A Dickon no le importaba. —Se apartó—. Jamás pensé que fueras a reprochármelo, Perry.

—No te lo estoy reprochando, sólo estoy exponiendo cuál es tu situación real. Es difícil, Georgie, y vas a tener que andar con pies de plomo para sobrevivir.

—Estoy aquí, ¿no? Marchitándome en Herne, sumida en el luto. Me he quedado aquí por respeto a la muerte de mi suegra y lo único que he conseguido a cambio es más odio. ¿Qué más he de hacer?

—Quedarte aquí más tiempo —contestó su hermano sin rodeos—. Ojos que no ven, corazón que no siente. Tu suegra ha muerto y la influencia que pudiera tener ha muerto con ella. Esa carta falsa caerá en el olvido y en primavera podrás volver a salir a la luz.

—¿Y la alta sociedad habrá olvidado? —preguntó ella con descreimiento.

—No, pero tu historia no estará en la mente de todos, y entre tanto habrán surgido otros escándalos. Tus amigos le recordarán al

mundo tus virtudes y tú reaparecerás de medio luto para que de ese modo recuerden la verdad: que eres una dama y que has enviudado trágicamente siendo aún muy joven. Que eres la condesa viuda de Maybury.

Georgia lo miró con pasmo.

—¡No! No puede ser.

—La muerte de la madre de Dickon te convierte en condesa viuda.

—¿A los veinte años? ¡Ay, diablos! ¡Es injusto y cruel!

—Vamos, vamos.

—Parece una maldición.

—Recuerda que podría redundar en tu beneficio.

—Intentaré dar gracias por ello, aunque me cueste. He de casarme cuanto antes para librarme del título de viuda.

—En cuanto vuelvas a aparecer en sociedad, los pretendientes se arremolinarán a tu alrededor como zánganos en torno a una abeja reina cuando abandona la colmena.

Su hermana le lanzó una mirada.

—¿No mueren todos?

—Un pequeño defecto en mi símil que, cómo no, no podías pasar por alto. —Le sonrió—. Si te acuerdas de utilizar tu ingenio, Georgie, todo se arreglará.

Perry era un experto en cuestiones de conveniencia social. Ella tenía que creerle.

—Ojalá supiera dónde está Charnley Vance —dijo—. Le colgaría de los pulgares hasta que confesara la verdad.

—Y yo estaría a tu lado armado con unas tenazas al rojo vivo. Es una lástima que huyera al extranjero antes de la investigación y que no se haya vuelto a saber de él desde entonces.

Georgia se volvió para mirar el paisaje, un estudio monocromo de árboles esqueléticos ennegrecidos por las heladas.

—Es como si algún espíritu maligno intentara destruirme. ¿Por qué será? De veras, no creo haber hecho nada para merecerlo.

—Claro que no lo mereces. Tienes un corazón de oro, en serio. Estás siendo víctima de un giro nefasto del destino, eso es todo. Un giro del destino exacerbado por el carácter vengativo de tu suegra.

—Y por mi propia conducta —repuso ella, volviéndose para mirarlo.

—Tú siempre tan sincera. Sí, una condesa como es debido no habría dado pie a tales dislates, pero... ¡Ah, mi comida!

Entró Jane seguida por un lacayo con una bandeja cargada con sopa, pan y té.

—La cena estará lista dentro de unos minutos, señora.

Georgia indicó al lacayo que dejara la bandeja sobre la mesita que usaba para cenar y se sentó en una de las sillas mientras Perry se acomodaba en la otra y comenzaba a tomarse la sopa.

—Gracias por venir, Perry. Podrías haber escrito.

—Creí conveniente venir a decírtelo en persona.

—Te agradezco de veras el sacrificio.

Sirvió té para los dos y cogió un trozo de pan del plato.

—¿A qué dedicas el tiempo aquí? —preguntó su hermano—. Nunca te ha gustado estar ociosa.

—Cuando hacía mejor tiempo trabajaba en los jardines, para fastidio de los jardineros. Ahora, en cambio, me dedico a incordiar al viejo Brownholme.

—¿Brownholme?

—El archivero. Tienes que acordarte de él. Lleva aquí casi tanto tiempo como todos esos documentos polvorientos.

—Ah, sí. No se deja ver a menudo. ¿Qué haces que tanto le fastidia?

—No es que le fastidie, exactamente —contestó Georgia—. De hecho, creo que he animado un poco su polvorienta vida. Estoy escribiendo el relato de las aventuras de nuestra bisabuela durante la guerra civil.

—¿La bella lady Hernescroft que persuadió a un grupo de oficiales del bando puritano para que dejaran intacta Herne?

Georgia bebió un sorbo de té, sonriéndole.

—La bella lady Hernescroft que se acostó con diversos oficiales puritanos para persuadirlos de que dejaran intacta Herne.

—No lo dirás en serio.

—Sus cartas y diarios lo dejan entrever con toda claridad.

—¡Caramba!

—Quizá publique mi relato... —Se rió al ver la expresión de su hermano—. No voy a hacerlo, pero lo guardaré en los archivos de la familia y confiaré en que alguien lo encuentre dentro de cien años.

Perry se rió.

—Sin lady May Londres ha sido el colmo del aburrimiento. Por favor, dime que me dejarás leer tu relato.

Georgia dejó su taza.

—Sólo si pasas la Navidad aquí, conmigo.

—¿Qué? Eso es atroz.

—Es la condición que pongo.

—Eres perversa. En fin, está bien, pero más vale que las aventuras de la segunda condesa lo merezcan.

—Creo que estarás de acuerdo conmigo en que sí. Aquí está tu cena, y parece muy nutritiva. —Georgia sonrió al lacayo—. Da las gracias a la cocinera de mi parte.

Después de que se marchara el lacayo, observó cómo se comía su hermano un filete de ternera con patatas fritas. También le había gustado ver comer a Dickon. Los hombres disfrutaban tanto comiendo... Y ella había planificado siempre las comidas para complacer a su esposo.

—¿A qué viene esa cara de tristeza? —preguntó Perry.

Ella omitió la verdad:

—Confiaba en poder pasar las Navidades con los Torrismonde.

—Todavía puedes hacerlo.

—No, no voy a llevar un escándalo a su casa. Aquí las Navidades no han sido nunca alegres, ¿verdad?

—A nuestros padres no les gustan las tradiciones.

—Llegan de Londres en Nochebuena, van a la iglesia el día de Navidad, reparten limosna y luego regresan para celebrar el Año Nuevo en la corte. —Georgia sonrió—. Lo cual significa que podemos disfrutar de los doce días restantes a nuestras anchas. Sobre todo, de la noche de Reyes. ¿Te quedarás para la noche de Reyes?

—Georgie, tú sabes que no puedo. Mi lugar está en la corte.

Ella suspiró. Noche de Reyes en Londres...

—En fin, lo celebraré con los sirvientes en las cocinas.

—Si lo que intentas es que te anime a regresar a Londres conmi-

go, no pienso hacerlo. Las historias que contaba tu suegra están todavía muy frescas. Espera al menos hasta Pascua.

Georgia cogió una patata frita de su plato y se la comió, pensativa.

—No. Si debo esperar, esperaré un año entero. No quiero volver convertida en una sobria viuda. Regresaré cuando haya pasado el luto, como lady May en todo su esplendor.

Perry sonrió.

—Y seguramente te saldrás con la tuya. —Dejó a un lado su plato vacío y bebió un poco de vino—. Pero aún entonces tendrás que comportarte con discreción. Evitar cualquier conducta que pueda levantar críticas.

Ella le hizo una mueca.

—Eres un aguafiestas.

—Quieres encontrar un buen marido. Y los posibles candidatos huirán de una viuda perseguida por el escándalo.

—Solamente los más aburridos. —Al ver que Perry la miraba levantando una ceja, añadió—: Está bien, intentaré portarme bien.

—Te portarás bien, o te arriesgas a ser la condesa viuda de por vida. —Cuando su hermana le sacó la lengua, sonrió—: ¿Has puesto tus miras en alguien?

—No, pero tengo ciertos requisitos. —Fue contando con los dedos—. Uno, que sea rico. Dos, que sea un hombre elegante y a la moda. Tres, que sea generoso con el dinero y que disfrute de la vida en Londres. Y cuatro, que sea conde, marqués o duque.

—¿Los vizcondes y los barones no tienen nada que hacer?

—¿Quién baja en la escala social si puede evitarlo? En cualquier caso, yo apunto hacia arriba. Sería una duquesa espléndida, ¿no crees?

Vio que Perry calculaba rápidamente sus posibilidades.

—¿Beaufort, quizá?

Georgia contestó con una sonrisa.